



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 11 DE ENERO DE 2026

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La conmmiseración del núcleo

LA VACANTE ESPERADA.

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Habían pasado veinte años. No nos veíamos desde meses después de nuestro divorcio, cuando teníamos veinticinco años. Habíamos hablado por teléfono en un par de ocasiones, luego de mi regreso a México. Cada cinco o seis años nos poníamos al tanto de nuestras vidas: yo la buscaba por teléfono en su oficina. No tenía la madurez para contarle a mis parejas; más bien lo mantenía en secreto.

Me encontraba en la cima del estrés profesional, en uno de los trabajos más peligrosos que hube de tener en la Ciudad de México, comenzando un noviazgo con una chica once años menor que yo y quien pronto habría de convertirse en mi tercera esposa. Pero en ese momento no lo sabía.

Viajaba en Uber, en dirección a un restaurante de comida italiana cerca del trabajo, al sur de la ciudad. Llegué puntual, a las dos de la tarde. Diana no había arribado. Ordené un tequila y una cerveza. Ella llegó a los veinte minutos. Le pregunté si deseaba que pidiéramos una botella de vino. Yo elegí la uva y la casa vinícola. El mesero regresó pronto y descorchó el envase. Sirvió, observé y oí y le pedí que terminara la faena.

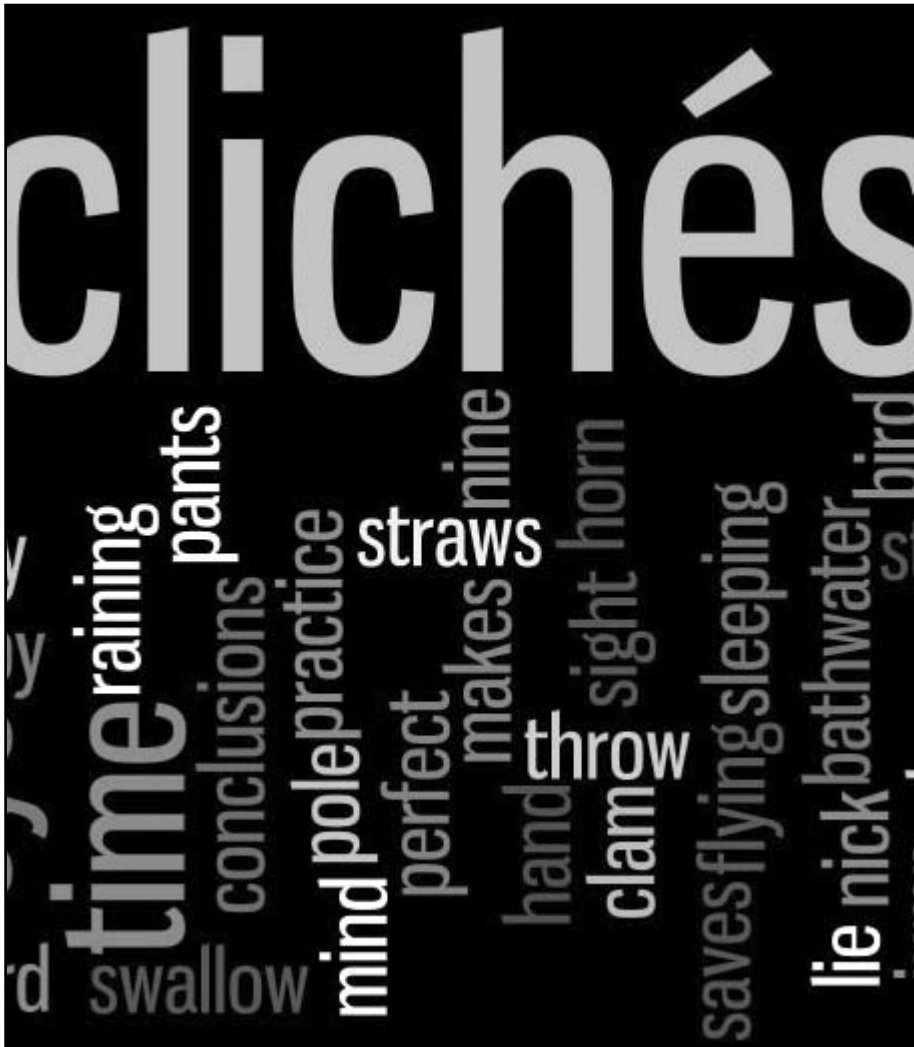
“¿Qué ha sido de tu vida?”, fue lo primero que preguntó. Le conté de la Sinfónica de Minería, mi pintura, de Hostal Mercedes Av., del saxofón y el jazz y todo lo demás. No dejé de mencionar la Memoria que había publicado. “¡Claro, la lei!”, me dijo carcajeando con su risa más o menos burlona y cínica. Había yo estado insistiéndole que lo hiciera durante semanas, antes de nuestro encuentro, pero se rehusaba; o al menos eso me decía. ¿Quién lee el libro que le escribió su exmarido a otra mujer?

Volvimos al tema de la obra sinfónica. Traía yo en mi teléfono la rudimentaria grabación que había logrado obtener con un celular. Se la puse en el oído; completa. Siete minutos de música heroica, épica. “¡Guau!”. A las dos horas ya estábamos un poco ebrios. “Hay algo que no he podido decirte en todos estos años”, me dijo haciendo un silencio.

Luego del primer año de doctorado había sufrido un evento psicótico. Estábamos casados, viviendo en Cambridge, Estados Unidos. Diana pensó que yo no podía con los estudios. En plena crisis, me propuso que regresáramos a México, que abandonara yo mi sueño de realizar un doctorado en Harvard. Enloquecí. El matrimonio se fue por el hoyo que comenzaba a zanjarse desde hacía semanas. Terminé el semestre y regresamos a Monterrey. Ella decidió irse a la Ciudad de México, a su antiguo trabajo. Antes, le pedí que nos divorciáramos. Estuvo de acuerdo.

Yo regresé a Harvard y finalmente obtuve el grado. Pero aquel día, veinte años después, en el restaurante, me dijo: “Siento mucho no haber estado a la altura”. Me solté a llorar como una niña de cinco años a quien le han robado su muñeca.

No regresamos a la oficina en toda la



tarde; continuamos la fiesta. Cerca de las diez de la noche, Diana me dijo: “Un día le voy a confesar a mi hija que el amor de mi vida no fue su papá”. Me quedé quieto, frío. “Le voy a contar de ti”. Traté de balbucear algo significativo, no daba crédito. Tuve que preguntarle: “¿Por qué le vas a decir eso?”.

“Porque no quiero que un día llegue un cabrón y le rompa el corazón”.

Seguí perplejo.

Sonó mi celular. Era mi pareja, mi novia en ese momento. Dobló el estrés. “Si quieres contéstale”, me dijo Diana, tranquila. Dejé que el teléfono timbrara. Era la hora en que hablaba con mi novia, al final del día. Cuando el aparato calló, le escribí un mensaje avisando que estaba ocupado, que aún no llegaba al departamento.

Diana y yo no nos habíamos dado ni siquiera un beso en esas ocho horas que llevábamos juntos, el uno junto al otro en la mesa del restaurante; pero para ese momento yo ya deseaba hacerle el amor. “Mi hija está en el departamento; no puedo esta noche”, me dijo. No habría otra noche para ello.

Me gustaría decir que en las bocinas del lugar se escuchaba “Peter”, con Taylor Swift. Pero sería mentira. Aún faltaban cinco años para que esa canción se publicara en plataformas digitales. Habíamos tenido una canción que nos gustaba cundo éramos novios universitarios: “What’s Up?”, con 4 Non Blondes. Por destino, fue la canción que se escuchó una y otra vez, la primera vez que hicimos el amor.

Pedimos nuestros taxis. La encaminé,

abrí la puerta de su auto y la despedí. La vi alejarse, preguntándome si en verdad le rompería el corazón a su hija para evitar que alguien más lo hiciera.

CLICHÉS, ¿FÓRMULAS PARA LA VIDA?

OLGA DE LEÓN G.

“No trates de entender la vida. Tan solo vívela y disfrútala”, hija, me dijo hace muchos años una buena señora quien, por entonces, ella tendría poco más de sesenta años.

Esa frase, yo la guardé en mi diario y la usé frecuentemente; en especial, cuando quería infundirle ánimos y esperanza a alguien que no veía ni la salida ni un final próximo a sus problemas cotidianos.

Un buen día, a Doña Mary se le ocurre enviar una postal que recibió con dicho mensaje a su familia y algunas cercanas amistades, añadiéndole (de su propia cosecha): “esta, ahora es mi filosofía de vida”. Doña Mary estaba feliz, pues ese día había sido uno muy especial y de los mejores de su vida.

Tenía plena conciencia de lo que entonces hizo: No era una mujer muy estudiada, pero le gustaba leer y aprendía fácilmente de algunas lecturas. Lo hizo en un arranque de emotivo entusiasmo, dados los acontecimientos que ese día vivió. Incluso, dicho por ella misma, ese fue uno de los mejores días de su vida, como que ver la armonía y buena disposición entre los hermanos (sus hijos) y compartir con ellos momentos de felicidad, como ya hacía falta que sucedieran, fue un detonador de paz y alegría en el

corazón de esa madre, educada “a la antigua”, llena de fe y esperanza en que todo solo puede ser mejor hoy y mañana, y pensaba -y yo con ella- que así sería por siempre si nos enfocamos en ser menos críticos y no jueces, sino empáticos y considerados... En una palabra, añadí: ¡humanos!: “Ponerse en los zapatos del otro”. Ándale, exactamente así.

Tus hijos aún están pequeños, ahorita todo es más fácil... difícil cuando crecen... a ratos a uno de ellos se le olvida que son hermanos y si no sabe perdonar, o simplemente dejar en el pasado lo desagradable, entonces las fricciones serán muy malas. Pero, bueno, hija (me dijo), no tendrá que ser así, a ti no tiene que pasarte igual que a mí.

Para este momento de mi ensoñación o recuerdo de aquella sabia mujer, yo ya estaba tratando de bordar este texto con más cliché: me lo había propuesto.

Reconozco, como me dijo alguien: La vida no siempre tiene sentido -si lo sabemos nosotros, los de esta generación-; y no sigue un guion que uno pueda descifrar. Quizás sea por esto, que la vida es más fácil vivirla, que tratar de explicarla.

Quizá sea parte de la formación similar, o quizá, más probablemente, sea parte de la evolución humana. Donde la habilidad de cada uno nos habilita a hacer predicciones que nos guían a hacer más llevadera la vida. Sin embargo, no hay fórmula matemática que nos diga, cómo vivir.

Por otro lado, me viene a la mente una frase de Kierkegaard: “La vida no es un problema que debe ser resuelto, sino una realidad que debe ser experimentada”. Y el efecto sorpresa que conlleva vivir, en realidad, es la magia del hecho mismo, el cual no es predecible: he aquí la magia y el efecto sorpresa.

Vivimos inmersos en un maremoto de clichés, a veces más coloquiales que ilustrados. Pero también, el pensamiento filosófico y el literario tienen los suyos. Nadie -o casi nadie- escapamos de caer en su uso más o menos repetitivo. En lo personal no estoy peleada con ellos, por el contrario, los disfruto y a veces los contradigo, al fin espíritu rebelde e insumiso. El poema “A Gloria” de Salvador Dias Mirón está construido sobre clichés, baste un botón: “...Hay aves que cruzan el pantano y no se manchan; mi plumaje es de esos”. O el del intrépido que le gusta exponerse a los límites: “El ave canta aunque la rama cruja, como que sabe lo que son sus alas”.

O los que se leen en la Biblia, o son coloquiales: “Al que madrega, Dios lo ayuda” (En este momento, no me encanta, porque estoy en etapa de ave nocturna). “A Dios rogando y con el mazo dando”, me parece excelente. Tendré que dejar mi propósito inconcluso, porque clichés hay demasiados y el tiempo para enviar ni texto se me agota.

Habrá mejores momentos para pensar y escribir recitando refranes y clichés. Por hoy, he de concluir. Quedo en deuda para otro domingo.



Emilia Pardo Bazán

(La Coruña, 1851 - Madrid, 1921) Escritora española. Hija de los condes de Pardo Bazán, título que heredó en 1890, se estableció en Madrid en 1869, un año después de contraer matrimonio. Asidua lectora de los clásicos españoles, se interesó también por las novedades literarias extranjeras. Se dio a conocer como escritora con un Estudio crítico de Feijoo (1876) y una colección de poemas, publicados por Francisco Giner de los Ríos.

En 1879 publicó su primera novela, Pascual López, influida por la lectura de Pedro Antonio de Alarcón y de Juan Valera, y todavía al margen de la orientación que su narrativa tomaría en la década siguiente. Con Un viaje de novios (1881) y La tribuna (1882) inició su evolución hacia un matizado naturalismo.

En 1882 comenzó, en la revista La Época, la publicación de una serie de artículos sobre Émile Zola y la novela experimental, reunidos posteriormente en el volumen La cuestión palpitante (1883), que la acreditaron como uno de los principales impulsores del naturalismo en España. Frente a los principios ideológicos y literarios de Zola, Emilia Pardo Bazán acentuaba la conexión de la escuela francesa con la tradición realista europea, lo que le permitía acercarse a un ideario más conservador, católico y bienpensante. De su obra ensayística cabe citar, además, La revolución y la novela en Rusia (1887), Polémicas y estudios literarios (1892) y La literatura francesa moderna (1910), en las que se mantiene atenta a las novedades de fines de siglo en Europa.

El método naturalista culmina en Los pazos de Ulloa (1886-1887), su obra maestra, patética pintura de la decadencia del mundo rural gallego y de la aristocracia, y su continuación La madre naturaleza (1887), fabulación naturalista que, al contrario que en José María de Pereda, demuestra que los instintos conducen al pecado. Asimismo, Insolación (1889) y Morriña (1889) siguen insertos en la ideología y en la estética naturalista.

Con posterioridad, la obra de Emilia Pardo Bazán evolucionó hacia un mayor simbolismo y espiritualismo, patente en Una cristiana (1890), La prueba (1890), La piedra angular (1891), La quimera (1905) y Dulce sueño (1911). Esta misma evolución se observa en sus cuentos y relatos, recogidos en Cuentos de mi tierra (1888), Cuentos escogidos (1891), Cuentos de Marinada (1892) y Cuentos sacroprofanos (1899), entre otros. También es autora de libros de viajes (Por Francia y por Alemania, 1889; Por la España pintoresca, 1895) y de biografías, como las dedicadas a San Francisco de Asís (1882) y al conquistador de México, Hernán Cortés (1914).

ad pédem literae

En tanto que haya alguien que crea en una idea, la idea vive.

José Ortega y Gasset

Letras de
buen humor

La educación de las mujeres hasta aquí podría llamarse, sin mucha violencia: Arte de perder el tiempo

Concepción Arenal

Mónica Lavín

Instrucciones para empezar el año

Hay textos narrativos en los que algunos autores han decidido utilizar diferentes vehículos de la palabra y atenerse a su forma para echar a volar la imaginación y contar historias. Muchas veces a manera de minificciones, otras como cuentos cortos. Así tenemos el espléndido cuento Baby HP de Juan José Arreola en "Confabulario" (muy bella la nueva edición de clásicos de Joaquín Mortiz), que marcó un hito en la narrativa breve mexicana. El cuento detalla las instrucciones para que la energía de los movimientos de un bebé pueda ser de provecho para otras tareas domésticas. El tono publicitario y la ironía se disfrutaron mucho en este texto memorable. Julio Cortázar tiene una serie de cuentos que llevan la palabra instrucciones: "Instrucciones para quitarse un suéter", "Instrucciones para llorar", "Instrucciones para subir una escalera", un verdadero deleite el uso literario para el formato enumerativo de las diferentes acciones que debemos acometer para lograr algo. Instrucciones para vivir en México es una colección de textos con el humor de Jorge Ibargüengoitia que nos resalta los obstáculos y absurdos para vivir en el país. Aunque pertenecen a una época, la mayoría siguen vigentes. Lydia

Davis, tan acertada con sus minificciones de mirada corrosiva en las que nos reflejamos, también ha hecho de otros vehículos, por ejemplo, las quejas, el formato para algunas de sus narraciones cortas.

¿Quién no ha leído instructivos? Los hay en su brevísima versión en las etiquetas de la ropa que indican cómo lavarla. Hasta los niños se vuelven expertos en los instructivos para juguetes de armar. Los electrodomésticos, los teléfonos celulares, las computadoras, las impresoras siempre nos ponen enfrente a la inevitable tarea (y engorrosa) de leer instructivos y advertencias para echar a andar los aparatos.

De alguna manera el comienzo del año nos dispone a una serie de tareas que son propias del mes de enero y que se ejecutan como instructivos para abrirle cancha al estreno de ciclo.

-Deshacerse de lo caduco. Revisar la despensa y las medicinas.

-Tirar a la basura la montaña de papeles acumulados: tickets que nunca se convirtieron en facturas, la tarjeta de presentación de quién sabe quién. Es bueno desprenderse en cascada de lo que ya no fue.

-En el territorio de trabajo, acometer los preparativos para nuevos proyectos.



Si fuera un escritorio como el mío: revisar plumas y tirar las que no tengan tinta, sacar punta a los lápices, acomodar libretas según su uso cerca de la superficie de trabajo. Elegir los libros que tengan que ver con el proyecto de escritura y ponerlos a mano. Ensayar la fecha 2026 repetidas veces para no equivocarse. Colgar el calendario nuevo.

Los instructivos son tan al pie de la letra que los literarios tiene que apelar al absurdo por eso, si usan un escritorio como yo:

Tirar el escritorio a la basura. En cas-

cada mejor.

Olvidar los lápices cuya punta se rompe siempre. No se necesita más que una pluma. La misma repetida. Las libretas viejas son interlocutores personales que se pueden ir a una bodega o al cesto. No quererse tanto y tirar el calendario del año pasado porque nadie va a hacer arqueología de nuestra vida. Así como en ciertos países rompen los vasos en el tránsito del año viejo al nuevo, decidir qué romper en el estudio.

Tal vez el propio nombre.

Eso es renovación.